





ALMUDENA GÓMEZ LÓPEZ

INTUÍX  
MÁS ALLÁ DE LA INTUICIÓN



**alfaqueque  
ediciones**

Colección ACEBUCHE

2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

Director colección: Fernando Fernández Villa

«Intüix. Más allá de la intuición»  
© Almudena Gómez López, 2022  
© Alfaqueque Ediciones, 2022  
Apartado de correos, 68  
30530 Cieza, Murcia, España.

<http://www.alfaqueque.es>

Primera edición: octubre de 2022

ISBN: 978 84 123954 8 8  
Depósito legal: MU 813-2022

Printed in Spain - Impreso en España

La editorial es consciente de la necesidad de los recursos naturales para consumir cultura y de la colaboración en la conservación del medio ambiente. Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado un ciprés (Cupressus sempervirens) en el paraje de El Horno de Cieza (Murcia)



# Índice

Prólogo .....	9
1. Nigronebulas .....	11
2. Intüix .....	28
3. Brumas .....	51
4. Vínculo .....	64
5. Diferente .....	80
6. Empatía .....	99
7. Escarlata .....	122
8. Albores .....	152
9. Transmutación .....	185
10. Destino .....	208
11. Equilibrio .....	233
12. Recóndito .....	259
13. Pacto .....	278
14. Oscuridad .....	305
15. Camino .....	329
16. Unión .....	349
Epílogo .....	371



A mis padres

A todas esas personas  
que sienten que no encajan





## PRÓLOGO

Una tensa quietud caía sobre la ciudad muerta. El silencio recorría las casas en ruinas, las plazas y las estrechas calles de piedra, retando al bullicio que antaño reinaba en la ciudad. En los rincones ensombrecidos, en las casas deshabitadas y en las plazas iluminadas por un radiante sol de mediodía, vestigios de otras épocas contaban sus historias a los sordos oídos del tiempo.

Fugaces como estrellas, un niño y una niña despertaron a la ciudad dormida. Corrían desesperados a través de las empedradas calles, sorteando los caminos, seguros de la ruta que trazaban. De vez en cuando, se detenían, jadeantes, y miraban hacia atrás; no parecía que les siguiera nadie, pero ellos sabían que estaba allí.

—¡Vamos! ¡Tenemos que seguir! —apremió la niña. Su cabello negro, normalmente liso, era ahora una maraña de hilos enredados.

—Creo que ya no nos sigue —afirmó el niño, jadeando.

—Pero, ¿Qué dices? Sabes que nunca se detienen —le recordó ella, asustada—. No estaremos a salvo mientras no lleguemos... ellos nos protegerán, saben cómo espantarlas.

Su amigo agitó la cabeza, sacudiéndose su pelo castaño cortado a cazo. Ella conocía ese gesto muy bien; lo hacía siempre que necesitaba aclarar sus ideas. Apenas unos segundos después, una especie de humo negro comenzaba a asomar tras una casa al otro lado de la calle. Los dos niños palidecieron.

—¡Ya está aquí! ¡Vámonos, rápido! —acució la niña. Los dos reanudaron la marcha corriendo y saltando entre los escombros de las casas derrumbadas.

La incansable niebla negra les pisaba los talones. No iba tan rápida como en otras ocasiones...daba la sensación de que jugaba con ellos, haciéndoles creer que existía un atisbo de esperanza, que podían escapar.

—¡Nos está alcanzando! —gritó el niño—. Es mejor que nos separemos, no podrá cogernos a los dos y así la despistaremos.

—¿Qué? ¡No! —exclamó ella, sin dejar de correr. Pero antes de poder impedirlo, su amigo giró por el callejón que tenía a su izquierda—. ¡Bruno! ¡Bruno, no!

La niña se paró en seco. El plan de su amigo dio resultado, al menos, momentáneamente. El humo negro se detuvo a escasos metros de ella, desconcertado. Entonces, rápida como el rayo, la niebla giró hacia el callejón, buscando a Bruno. La niña comenzó a respirar pausadamente, intentando escuchar indicios de que su amigo había logrado escapar. Durante unos segundos, permaneció inmóvil, temiendo que el temblor de sus piernas la delatara. Haciendo gala de un valor que creía no tener, rompió la parálisis de su cuerpo y caminó. Su mente estaba bloqueada, era incapaz de pensar en nada, sólo podía escuchar el lento ritmo del latir de su corazón. Cuando llegó, cerró los ojos y respiró profundamente. Los abrió de nuevo y dobló la esquina.

Bruno no estaba. El humo negro había desaparecido. Era un callejón sin salida.

## NIGRONÉBULAS

Una fuerte sacudida despertó a los habitantes de la ciudad subterránea El Enlace. Paredes, suelos y techos resonaban como cien mil tambores abriendo grietas a su paso. El caos pronto se apoderó de la ciudad; palpitantes alarmas en rojo estridente y el eco de una voz mecánica indicaban las salidas más cercanas que conducían a las plazas o al Ágora. Las puertas se abrían de golpe a ambos lados de los túneles; mujeres, hombres y niños salían de sus casas, aglomerándose en una vorágine de empujones, gritos de histeria y desorden que los soldados de La Defensa intentaban sofocar. Los Defensores, reconocibles por su uniforme marrón, se distribuían por los túneles para llevar a la población a un lugar seguro, apartaban a las personas de las zonas más peligrosas y comprobaban que nadie quedaba atrapado en su vivienda.

Kyra se despertó con el primer temblor. Se hallaba en su apartamento unipersonal, un pequeño rectángulo con cama, armario y escritorio y un minúsculo cuarto de baño situado en el Distrito de los Oficios. Se vistió rápidamente con camiseta y pantalones negros y anchos, que no dejaban distinguir la figura femenina de una mujer de diecisiete años, completando su atuendo con unas botas negras, por debajo de las rodillas. Se sentó un momento, pensativa. La sinuosa danza de los muebles al compás del melódico seísmo no parecía preocuparla. El espejo del baño que tenía en frente le devolvió el reflejo de una inexpresiva tez pálida, ojos grandes y oscuros y cabello azabache que caía por debajo de sus orejas en lisos y finos hilos. Un tintineo parecido al de unas cam-

panillas mecidas por el viento se hizo oír por encima del estruendoso terremoto. Kyra se levantó de la cama, pero no se molestó en buscar la procedencia del sonido: Gladiim siempre aparecía así.

—Qué haces aquí todavía —su voz era suave, pero firme.

Kyra le miró entonces. Un ser semitransparente, de apariencia humana, le hablaba desde una esquina de la habitación. Era muy alto, más que cualquier humano corriente, y de aspecto juvenil a la par que majestuoso y elegante; vestía una larga túnica beige con una capucha que sólo permitía ver su fina nariz y la delgada línea de sus labios. Su cabellera caía por debajo de sus hombros como cascadas de miel.

—Es el momento perfecto. Todo el mundo está distraído, nadie se dará cuenta de que no estoy —respondió Kyra fríamente.

—Ve al Ágora con todos los demás —le ordenó Gladiim sin variar un ápice su habitual semblante serio y sereno.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos.

—Estado de Emergencia. Salga inmediatamente y diríjase a la plaza más cercana.

La voz del Defensor sonaba intensificada por un altavoz.

—¡Ya salgo!

—Kyra. —Gladiim sonó más autoritario.

Ella le miró y sonrió con sorna.

—¿Piensas impedírmelo?

Kyra abrió la puerta. El Defensor le tendió la mano para ayudarla a salir, pero ella la rechazó; podía salir por sus propios medios.

—¿Hay alguien más?

—No, estoy sola.

El Defensor caminó por la pequeña habitación, pero no encontró a nadie. Cuando salió, Kyra ya se había ido.



Las estrellas rielaban en el mar como cientos de peces luminiscentes. Aquella noche sin luna, las aguas se agitaban en un suave oleaje que el buque de mercancías rompía a su paso. Apenas viajaban personas en el barco, tan sólo las necesarias para garantizar la seguridad de los contenedores de carga.

Una mujer de aspecto atlético, ataviada de gris y con botas altas, contemplaba la desdibujada línea del horizonte en la proa. El viento mecía su capa granate al compás de su larga y rojiza cabellera.

—¿Seguro que estás preparada para volver? —Una cálida pero potente voz masculina interrumpió sus pensamientos—. Ha pasado mucho tiempo... y muchas cosas desde que te marchaste de El Continente.

Ingrid se dio la vuelta. Un hombre robusto, moreno y desgredado fijó sus ojos castaños en los ojos verdes de ella. Ambos aparentaban unos cuarenta años, pero Ingrid sabía que la edad de su compañero llevaba mucho tiempo congelada.

Volvió a clavar su mirada en el mar. Cuando habló, lo hizo con ira contenida.

—Diez años de confinamiento en Tres Islas. Y ni una sola noticia de mi hijo —añadió con dureza—: No me preguntes si estoy preparada, hace mucho que espero este momento.

Besnik observó a Ingrid detenidamente; hacía años, tal vez siglos, que no conocía a alguien con esa fuerza de voluntad. Ingrid volvió a mirarle con gesto molesto al sentirse observada. Él desvió la mirada hacia el océano.

—Es admirable que nunca hayas abandonado tu búsqueda.

—Tú tienes tus motivos y yo los míos, Besnik, pero los dos estamos aquí, y estamos juntos en esto.

Besnik no se ofendió por su brusquedad; sabía que, tras ese carácter rudo, se escondía la más honda de las tristezas. Guardó silencio durante unos minutos mientras observaba el oleaje.

—¿Has sabido algo de la chica en todo este tiempo?

—Sé que nadie ha descubierto su secreto, porque está viva —obvió Ingrid, tomándose su tiempo para contestar—. Y sé... que sigue buscándole.

—Aun así... esperamos mucho de ella. Tal vez no esté preparada.

—Tendrá que estarlo —dijo Ingrid, tajante—. Hubo... algo extraño en la desaparición de mi hijo. Las nigronébulas se lo llevaron... pero a ella no le ocurrió nada. Creo que es la clave para encontrarle.

Besnik calló una vez más, pensativo. Existían otras posibilidades por las que las nigronébulas no tuvieran interés en la chica, pero no compartió sus preocupaciones con Ingrid, confiaba en su instinto natural.

—Vuelve al timón —ordenó Ingrid—. Al amanecer llegaremos al puerto de El Enlace.

Besnik asintió, dio media vuelta y se dirigió al timón. Ingrid permaneció inmóvil, perdida en sus pensamientos. Diez años tras un indicio que la guiara hasta su hijo y ni un rastro sobre su paradero. Hasta que conoció a Besnik. Él era su pista, y Kyra, la guía que la llevaría hasta Bruno.



Kyra caminó hacia la Plaza de la Ilustración con otros habitantes de El Enlace que buscaron allí su refugio. Nadie sospecharía de sus verdaderas intenciones si seguía los pasos de los demás ciudadanos. La plaza, dedicada al conocimiento, la razón y la educación, se ubicaba en el Distrito de Las Culturas, el barrio más pequeño de la

ciudad con apenas un par de túneles de viviendas y donde se hallaban el Centro de Enseñanza, la biblioteca y el Centro de Investigación. Las paredes de la plaza estaban decoradas con imágenes en relieve de personajes con libros abiertos impartiendo lecciones, que tal vez, antes de El Gran Cataclismo, fueran personas importantes. En su centro, tres esculturas se alzaban en representación de los dos hombres y la mujer que fueron los precursores del sistema educativo que se impuso después de la devastación. Kyra se hacía hueco entre la gente para llegar al túnel que la llevaría al montacargas, por el que podría salir a la superficie. En su angosto camino, encontró a una enfermera, ataviada de blanco, curando las heridas de las rodillas de un niño. Era un chico de unos diez años, de piel aceitunada, ropas rasgadas y un gorro de lana verde que le tapaba las orejas.

—Silgo —Kyra se acercó a él. Sintió el impulso de poner sus manos sobre las heridas del niño y utilizar su poder de sanación, pero logró contenerse a tiempo—. ¿Estás bien?

Silgo mostró una amplia y sincera sonrisa al verla. Sus grandes, almendrados y verdes ojos parecían sonreír también. Asintió con la cabeza.

—¿Le conoces? —preguntó la enfermera—. He intentado que me diga algo de sus padres para llevarle con ellos, pero no quiere hablar conmigo.

—Silgo no puede hablar —respondió Kyra con simpleza.

—Ya veo —la enfermera miró a Silgo con ternura—. ¿Conoces a sus padres? No parece asustado, pero está solo.

—No, no los conozco —Kyra miró a Silgo, pensativa. Le conocía porque pasaba mucho tiempo en la biblioteca, donde trabajaba ella, pero no sabía mucho más de él.

Una nueva sacudida les sorprendió. Los gritos de terror se apoderaron de la plaza; Kyra estuvo a punto de caer al suelo, pero la enfermera la ayudó a mantenerse

en pie. Silgo tiró de la manga de Kyra y miró en dirección a la salida del túnel; los soldados de La Defensa y los enfermeros corrieron a la plaza para socorrer a los ciudadanos, quedando el acceso vacío. Kyra volvió a mirar a Silgo; no comprendía cómo era posible que conociera sus intenciones. El chico le devolvió la mirada con una amplia sonrisa.

—No conozco a sus padres, pero Ricardo puede ocuparse de él. Es el bibliotecario, Silgo le conoce. Dile que vas de parte de Kyra.

Kyra se internó entre la multitud antes de que la enfermera pudiera detenerla. Los temblores de tierra se hicieron más débiles, hasta cesar por completo. Aprovechó la estabilidad que sabía momentánea para dirigirse hacia una de las tres salidas de la plaza. Ajena a unos ojos que la observaban, se internó en el túnel hacia el Distrito Militar.

El primer tramo de la galería estaba desierto. Las luces a ambos lados de la gruta parpadeaban, alargando las sombras de las puertas en un juego espectral de luz y oscuridad. Kyra caminaba todo lo deprisa que le permitieron los constantes movimientos de la tierra. Tras unos minutos, llegó a una intersección; en el camino que la conducía hacia el Ágora todavía quedaban algunos rezagados, Defensores y médicos facilitando el traslado de heridos y ancianos. Kyra utilizó los apagones constantes en su favor y tomó el camino recto hacia el montacargas. En el siguiente trecho sólo vivían algunos miembros de La Defensa y el personal encargado de las transacciones con el exterior: ningún civil estaba autorizado para subir a la superficie. Las puertas de las casas se abrían y cerraban con el traqueteo del seísmo. La escasez de luz le daba ventaja, pero el ascensor estaría vigilado. Caminaba cerca de las puertas, asegurándose de que no hubiera nadie dentro, para poder ocultarse antes de que la



descubrieran. Los temblores de tierra iban y venían. No recordaba un seísmo tan largo de todos los que habían vivido en El Enlace. La tierra dejó de vibrar de pronto. Kyra se detuvo en seco.

Silencio.

Una extraña sensación la golpeó en el estómago y en el pecho. Sus ojos se tornaron blancos... se escucharon voces y pasos corriendo hacia ella...

Volvió en sí unos segundos después. Se ocultó detrás de la puerta de una de las casas y trató de recuperar el aliento: no siempre era capaz de controlar sus habilidades premonitorias. Los Defensores aun tardaron un poco en aparecer corriendo en dirección opuesta al ascensor. Tan pronto como se hizo el silencio nuevamente, salió de la casa y reanudó su camino. Demasiada calma teniendo en cuenta lo cerca que debía estar ya del montacargas. Por fin, vislumbró la verja que precedía al ascensor. Se ocultó en una de las casas y observó detenidamente; frunció el ceño, extrañada. No había nadie vigilando. Salió de su escondite y, antes de cruzar la verja, echó la vista atrás para asegurarse de que no aparecía nadie. Cuando estaba a punto de subir en el elevador, una risa cantarina la sobresaltó. Se giró en todas direcciones, alarmada. Y en la oscura profundidad del túnel, creyó vislumbrar una cara conocida, parecida a la de un duende.

—No puede ser...

De pronto, el rostro desapareció. Kyra permaneció inmóvil un momento, pensativa. Apartó esas absurdas ideas de su mente y recordó por qué estaba allí. Se escondió tras un contenedor de mercancía, pulsó un botón y el ascensor comenzó a elevarse. Esperó pacientemente. No era la primera vez que conseguía salir a pesar de las prohibiciones haciendo uso de las habilidades que su naturaleza le confería... una condición que debía ocultar a los ojos de los demás seres humanos. Unos minutos

después, el ascensor se paró de golpe y Kyra tuvo que agarrarse a las rejas para no caerse. Se asomó con precaución; la base de La Defensa de El Enlace se encontraba en pleno centro de una ciudad en ruinas. Aunque la tierra ya dejó de temblar, aún veía Defensores que corrían de un lado a otro del campamento. Kyra observó con atención. Los Defensores descargaban camiones repletos de sacos que guardaban en los barracones.

—Daos prisa. Tenemos que volver a asegurar el perímetro —ordenaba uno de los Defensores de mayor rango.

Kyra nunca entendió la necesidad de un armamento que no servía para protegerles de las nigronébulas. En cambio, aquellos extraños seres provenientes de la dimensión de Dazyán no invadían las ciudades subterráneas por motivos que Kyra desconocía, por lo que resultaban efectivas para protegerse de ellas. Pero hacía años que nadie pensaba en las nigronébulas ni se preocupaba por los dazyos, eso era competencia del gobierno. Nadie excepto Kyra. Ella estaba decidida a averiguar qué eran esos extraños seres y por qué se llevaron un trozo de su vida con ellos. Caminó lentamente hacia la puerta trasera del ascensor y salió con sigilo. Volvió a mirar desde los contenedores; los Defensores estaban tan ocupados descargando los camiones que habían dejado el ascensor sin vigilancia.

—Menuda protección...

Murmuró Kyra para sí antes de adentrarse en el silencio de una ciudad muerta. La noche envolvía los ruinosos muros de la urbe en un manto de oscuridad y tinieblas, pero Kyra conocía muy bien el camino.



La Nada Eterna vagaba entre la niebla y una luz resplandeciente. Ni muros ni abismos cercaban sus fronteras. Solitarias y vaporosas nubes hacían suyo el ne-

buloso mundo infinito con dos transparentes habitantes como única compañía.

—No has debido dejar que saliera, Gladiim —una suave y cantarina voz femenina le susurró al oído—. Es peligroso para ella.

—No puedo evitar que haga estupideces.

—Oh, claro que puedes —la mujer apareció a su lado, envuelta en una capa que le cubría el rostro—. Pero, no quieres.

—No podré protegerla siempre. Antes o después, ella tendrá que elegir.

—Y tú prefieres que sea cuanto antes, ¿Verdad? —inquirió Kenda. Gladiim no contestó—. A mí no puedes engañarme, Gladiim. Conozco perfectamente los secretos de tu corazón. Te debates entre lo que quieres y lo que debes hacer.

Gladiim guardó silencio nuevamente. Se apartó bruscamente de Kenda y desapareció entre las brumas. Kenda se quedó mirando el lugar por donde se había marchado su compañero.

—Sí. Tarde o temprano, todos tendremos que elegir —murmuró.



La naturaleza se adueñaba inexorablemente de los terrenos que rodeaban la ciudad en ruinas. Un inmenso bosque cercaba sus muros, ahogando los restos de una civilización condenada a la extinción. Sus frondosos árboles se disponían en hileras extrañamente ordenadas, como si de un destacamento estratégicamente coordinado se tratara. La brisa nocturna mecía las ramas en una sinfonía de suaves melodías.

Kyra aguardaba sentada en el suelo, apoyada en uno de los muros derribados en las afueras de la ciudad. No

era la primera vez que se escapaba, y sabía que, si tenía paciencia, las vería aparecer entre los árboles. Las estrellas iluminaban el techo nocturno como cientos de bombillas encendidas. El aire, limpio y puro, traía el aroma de las flores del bosque. En el pasado, apenas podían vislumbrarse las estrellas y no había aire limpio que respirar en La Tierra; según contaban los libros, la contaminación humana lo cubría todo con nocivas y anaranjadas neblinas. El sonido de unas campanillas a su lado la devolvió a la realidad.

—No deberías haber venido.

—Eso mismo dijiste la última vez... y la anterior, y la anterior... —dijo Kyra con sorna—. No va a pasar nada.

—No lo sabes.

—No me buscaban a mí, Gladiim. Se lo llevaron a él por alguna razón. Y quiero averiguar qué razón es esa.

Un crujido en el bosque alertó a Kyra. Nada. Un pequeño animal distraído adentrándose en la maleza. Observó a Gladiim, de pie junto a ella.

—Porque tú no vas a contarme nada, ¿Verdad? —Gladiim no respondió—. No, nunca lo haces.

—No estoy aquí para responder a tus preguntas —dijo Gladiim, serio y seco.

—¿Y para qué estás aquí? —preguntó Kyra, irritada—. Sigo sin saber qué papel juegas tú en todo esto.

—Estoy aquí para protegerte. Es todo cuanto necesitas saber.

Kyra se puso en pie para estar cara a cara con Gladiim; era el único ser que conseguía exasperarla.

—¿Protegerme de qué? Las nigronébulas no tienen ningún interés en mí, no estaría aquí ahora de ser así. Y nadie sabe lo que soy, sé cuidarme sola.

—Lo cierto es que me resulta más difícil protegerte de ti misma que de los demás. Eres una insensata. Hoy has estado a punto de usar tus poderes para curar a Silgo. Y

los has utilizado para ocultarte de los Defensores.

Gladiim hablaba siempre en un tono de voz tranquilo y pausado, lo que hacía que Kyra se irritara aún más. La réplica murió en sus labios con un suave soplido de viento. Ambos miraron hacia la hilera de árboles. En la oscuridad de la noche, Kyra logró distinguir al menos a una decena de humeantes sombras negras acercándose sigilosamente.

—Vete. Yo me ocuparé de ellas —ordenó Gladiim.

Kyra hizo caso omiso a la orden de Gladiim. Observó a las nigronébulas, analítica, intentando comprender su comportamiento.

—¿No me has oído? ¡Vete!

—No me voy a ir, Gladiim. Quiero ver qué hacen, y saber por qué percibieron a Bruno y a mí no. Quiero averiguar por qué...

—Kyra, nunca te han percibido porque yo te he protegido siempre. Pero ahora son demasiadas y no podré contenerlas si no te vas YA.

Kyra se quedó petrificada, atravesando a Gladiim con fríos cuchillos de hielo en su mirada. Las nigronébulas cruzaron la última fila de árboles dispuestas en una línea que impedía atravesar el bosque a cualquiera que quisiera hacerlo. Permanecieron inmóviles durante unos segundos, estudiando la situación. Cuando detectaron a Kyra, comenzaron a acercarse a ella.

—¡Kyra!

Kyra reaccionó por fin. Se dio la vuelta y echó a correr. Antes de internarse entre los empedrados caminos de la ciudad, se giró, buscando a Gladiim con la mirada. Éste no se había inmutado todavía cuando una línea roja en paralelo a las nigronébulas surgió de las entrañas de la tierra y se elevó hasta el cielo como un brillante escudo protector.

—¿Qué...?

Gladiim desapareció de su vista y reapareció a su lado.

—Escóndete, La Defensa no tardará en aparecer. Yo me ocupo de las nigronébulas.

Esta vez, Kyra no se lo pensó dos veces. Se adentró en la ciudad y corrió entre sus cascotes y paredes derruidas. Una súbita sensación en el pecho y en el estómago la hizo detenerse repentinamente. Sus ojos se tornaron blancos y en su mente aparecieron borrosas imágenes de Defensores aproximándose a gran velocidad. La sensación desapareció tan rápido como había llegado y sus ojos volvieron a su color habitual. Encontró una casa que conservaba parte del techo y se ocultó entre sus agrietadas paredes. Un par de minutos después, un destacamento de Defensores pasó cerca de ella en dirección a la línea roja. Kyra permaneció apoyada en la pared largo rato. A través de lo que podía haber sido una ventana en otros tiempos, vislumbró una delgada línea naranja de amanecer.



El barco procedente de Tres Islas atracó, al alba, en el puerto de El Enlace. Los Defensores ayudaban en las tareas de descarga y en el traslado de la mercancía desde el pequeño puerto hasta los barracones de La Defensa, mientras Ingrid se preparaba para desembarcar. Contempló las ruinas de la ciudad; los recuerdos dormidos desde hacía diez largos años comenzaban a despertar como puños de frío acero golpeando su corazón. Tragó saliva.

—Ya han descargado el último contenedor —le informó Besnik.

—Entonces, me voy. Mi hermana debe saber que he llegado.

—Tal vez no. Me han informado de que la situación aquí ha sido difícil esta noche. Estará muy ocupada —Besnik hizo una pausa, pero Ingrid no preguntó—. Otro seísmo. Uno fuerte, al parecer.

—Hablaré con el Defensor al mando para que me ponga al día —Ingrid se ajustó la capa y miró a Besnik, decidida—. Si no estás seguro, aun puedes echarte atrás. El barco volverá a Tres Islas mañana.

—Como tú dijiste —le recordó Besnik mientras se ataviaba también con su capa marrón, a juego con sus rasgadas vestimentas—, tú tienes tus motivos y yo tengo los míos para estar aquí.

Ingrid sonrió levemente. Besnik era la única persona en la que había confiado desde hacía mucho tiempo, y sus razones para estar allí sólo alimentaban el alto concepto que tenía de él.

—De acuerdo. Pero ahora no puedes venir conmigo —Besnik iba a replicar, pero Ingrid no le dio ocasión, y como si fuera necesario recordárselo, explicó—: Aunque seas humano, vienes de Dazyán, y aquí no sois muy bien recibidos, en El Continente no son tan abiertos como en Tres Islas. No podemos arriesgarnos a que nos descubran. Y tampoco sabemos cómo puede afectarte estar bajo tierra demasiado tiempo.

—¿Y qué sugieres que haga mientras? —preguntó Besnik elevando el tono de voz para mostrar su disconformidad.

—Averigua lo que puedas entre los Defensores y luego vete al bosque. Reconoce el terreno. Nos vendrá muy bien cuando salgamos de aquí.

—¿Y la chica? —insistió él.

—No te preocupes por eso, ya lo he dispuesto todo. Vendrá con nosotros.



Kyra regresó a El Enlace con el amanecer. Caminó por los túneles hacia el Ágora, como se ordenaba por megafonía. Su regreso resultó asombrosamente fácil: entre los Defensores que se habían quedado a las afueras de la ciudad protegiendo el perímetro de seguridad y los que estaban en el puerto trasladando la mercancía del barco recién llegado de Tres Islas, apenas encontró vigilancia cuando llegó al ascensor. En un descuido de los Defensores, salió de la casa derruida en la que se escondía y subió en el montacargas, ocultándose detrás de un contenedor. Sólo tuvo que esperar a que alguien lo llamara para transportar la mercancía a los túneles. Una vez abajo, cerró los ojos, se concentró, y trató de visualizar los movimientos de los Defensores más cercanos a ella. La mayoría estaban comprobando daños y atendiendo a la población. Un par de ellos aparecían entrando en una de las oficinas cercanas; otros dos adentrándose en el túnel. Era el momento. Salió con sigilo del ascensor y caminó en silencio, pensando en cuál sería su siguiente paso; después de lo que Gladiim le había confesado, no iba a tener más remedio que darle alguna explicación. Si era verdad que las nigronebulas la querían a ella, encontraría el modo de averiguar por qué, si Bruno seguía vivo y qué tenía que ver todo aquello con ese pasado que era un interrogante para ella. Estaba tan absorta que apenas logró darse cuenta de que ya había llegado al Ágora.

El Ágora era el centro neurálgico de la ciudad, zona neutral entre los cinco distritos en los que se dividía El Enlace. Una inmensa caverna circular de la que partían todos los túneles como brazos extendidos y entrelazados en cientos de kilómetros. En su gigantesca plaza se celebraban las actividades más importantes de la ciudad



como mercados, eventos lúdicos o discursos políticos. Alrededor se localizaban los edificios más relevantes; administraciones gubernamentales y sociales, centros de enseñanza y de ocio, comercios y los comedores sociales en los que los habitantes se distribuían por turnos para obtener sus raciones. La arquitectura de los edificios se asemejaba a grandes monumentos clásicos de otras épocas, con inmensas columnas, de capiteles dóricos, jónicos o corintios. La descomunal cubierta del Ágora remataba en una abertura en su centro por la que entraba la luz del sol. Por las noches, miles de bombillas semejantes a luciérnagas brillaban en el techo, iluminando toda la plaza. La estructura reforzada del Ágora y del resto de las plazas los convertía en los lugares más seguros en casos de emergencia; allí apenas se notaba un ligero temblor de tierra. Todas tenían una estructura y unas funcionalidades similares al Ágora, pero en un tamaño considerablemente menor y más especializadas según el distrito que presidían. El Enlace era la ciudad del comercio por excelencia al ser el punto de conexión entre El Continente y Tres Islas, por lo que contaba también con más plazas, espacios abiertos y ferias de comercio de la dimensión terráquea.

Kyra se sentó en uno de los bancos del Ágora, el más alejado del escenario —donde la gobernadora saldría a exponer la situación en la que se encontraban— pero el más cercano a la biblioteca —donde trabajaba desde hacía casi dos años. A ambos lados del escenario, dos grandes pantallas contrastaban con el estilo clásico de los edificios del Ágora. En todas las plazas habrían instalado pantallas similares para que todos pudieran asistir al discurso. Kyra miraba a su alrededor; personas preguntando por sus familias; médicos y enfermeros que todavía atendían a algunos heridos...

—¡Kyra!

Un hombre mayor, de aspecto orondo, canoso y con tintes aun pelirrojos se abrió paso entre la multitud. De vez en cuando, se ajustaba las gafas que le resbalaban por el puente de la prominente nariz perlada de sudor. Kyra apenas se había levantado cuando Ricardo la abrazó, intranquilo.

—¿Dónde estabas, Kyra?

Ricardo le preguntó con autoridad de padre, papel que ejercía desde que ella era una niña. Kyra desvió la mirada, incómoda. Él era la única persona que veló por ella, la única en la que confiaba... y a la que le dolía mentir. Ricardo fue amigo de su padre desde mucho antes de su nacimiento, pero ni siquiera a él podía revelarle su verdadera naturaleza. Si existía una sola persona que a Kyra le importara de verdad, era Ricardo.

—Fui a la Plaza de la Ilustración —Kyra pensaba que técnicamente, era verdad—. Creí que también estarías allí.

—Estuve —dijo Ricardo contemplándola seriamente. Ella no apartó la mirada.

—Silgo estaba allí sin sus padres. Le dije que te buscara.

—Sí, estuvo conmigo —dijo él, secamente—. Lo que no entiendo es por qué no viniste con él. ¿Qué era eso tan importante que tenías que hacer que te obligó a dejar la plaza, Kyra?

Kyra desvió la mirada nuevamente. Ricardo suspiró; Kyra no iba a contarle nada.

—Sólo espero que sepas lo que haces. Sé que necesitas saber... pero yo no voy a poder cubrirte siempre. Por favor, ten cuidado.

Kyra guardó silencio una vez más; sabía que Ricardo intuía algo, pero no podía confirmar sus sospechas porque le pondría en peligro. Ambos permanecieron en

silencio unos minutos, fingiendo que esperaban la aparición de la gobernadora, pero cada uno estaba perdido en sus pensamientos.

—Por cierto —Ricardo se metió la mano al bolsillo del pantalón—. He estado en la biblioteca comprobando los daños. Nada serio, por suerte. He recogido el correo, esto es tuyo.

Kyra cogió los sobres que le tendía Ricardo sin mucho interés.

—Qué extraño que hoy haya seguido funcionando el correo con normalidad.

Kyra abrió el primer sobre. Era su cartilla de racionamiento semanal. El segundo sobre era un poco más grueso y contenía un bulto. Lo abrió y sacó de su interior un colgante con una piedra romboidal de un rojo intenso y muy brillante.

—Vaya, alguien sabe que pronto cumples tu mayoría de edad —bromeó Ricardo, sonriendo levemente.

Kyra fingió una sonrisa. No es que tuviera muchos amigos, precisamente, y tampoco le daba mucha importancia a sus cumpleaños. Sacó la nota, la desplegó y leyó su breve contenido. Palideció y estuvo a punto de perder el conocimiento. Ricardo la sujetó, preocupado.

—¿Estás bien? ¿Qué pasa? —Ricardo miró la firma de la nota y luego a Kyra, alarmado—. Es de tus padres. No puede ser...

—Claro que no puede ser —dijo Kyra con voz neutra—. Mis padres están muertos.